



El turf como arena de disputa social. Jockeys y propietarios en el hipódromo argentino de fines del siglo XIX

por Roy Hora

Abstract. – From the 1880s to the 1930s, horse racing was Argentina's most popular spectator sport. It was in the racecourse, not in the football pitch, that professional sport first emerged. A popular activity in a horse-abundant country such as Argentina, horse racing had strong plebeian roots. In the late nineteenth century, however, the wealthy developed a keen interest in the sport and invested time, energy, and money in order to promote and patronise English-style races. This article analyses some aspects of the transformation of horse racing from a popular into an elitist and professionalised sport. It suggests that the enforcement of new rules that forced professional jockeys to wear standardised clothes, behave "properly", and shave their faces were designed to lower their social status and challenge their sporting standing. The paper explores the meaning of these disciplinary measures and the aggrieved jockeys' response, which gave rise to the 1893 "strike of the moustache". Finally, it shows that the late nineteenth century racecourse was an arena of social struggle between elite and popular conceptions of the sport, in which larger questions of authority, classification, and hierarchy were at stake.

Entre la década de 1880 y hasta los años de la Gran Depresión, el turf fue el principal y más popular espectáculo deportivo de la Argentina. El hipódromo también constituyó el escenario en el que, en los años del cambio de siglo, emergió la figura del deportista profesional. Las narraciones sobre la profesionalización del deporte argentino suelen tomar por objeto lo sucedido en el fútbol, sin advertir que en el turf este proceso ya se encontraba bien maduro un par de décadas antes.¹ Fue en la pista de carreras, y no en la cancha, donde surgieron las primeras estrellas del espectáculo deportivo,

¹ Un ejemplo reciente en Julio Frydenberg, *Historia social del fútbol. Del amateurismo a la profesionalización* (Buenos Aires 2011).

jinetes profesionales dotados de un reconocimiento y un nivel de ingresos que hasta entonces ningún miembro de las clases populares había logrado alcanzar. Pero hay que señalar también que las carreras de caballos a la inglesa, más que una afición de origen o impronta popular, fueron promovidas y organizadas por el sector más poderoso de la elite social. De hecho, Carlos Pellegrini y el grupo de poderosos aficionados a las carreras de caballos de raza que fundaron el Jockey Club en 1882 concibieron al turf como un territorio distinto y superior al de la cultura ecuestre criolla, y destinaron tiempo y esfuerzo para colocarlo bajo su control y patronazgo.

Espectáculo de enorme atractivo popular, pero también de gran relevancia para los poderosos propietarios de caballos de carrera que dominaban el Jockey Club, el hipódromo se convirtió en un escenario en el que confluyeron actores dotados de recursos de poder muy desiguales. Sin embargo, la historia del turf argentino – y más en general latinoamericano – no ha atraído gran atención entre los investigadores, y aún no contamos con estudios de la talla de los que Wray Wrampley o Mike Huggins dedicaron al turf británico, o Daniel Roche y Jean-Pierre Blay al mundo del caballo y del hipódromo francés.² Con frecuencia escritos por aficionados al hipódromo o entusiastas del caballo, los trabajos sobre el turf argentino suelen narrar las relaciones entre propietarios, deportistas y espectadores populares como una historia de encuentros. Estos estudios concentran su atención en un conjunto limitado de cuestiones, casi todas ellas referidas a las trayectorias de los caballos y los *studs* más exitosos, concebidos como los grandes protagonistas de un relato centrado en los progresos deportivos de la actividad.

Al momento de colocar la evolución del espectáculo en un marco más amplio, los estudios existentes describen al hipódromo como un ámbito jerárquico pero en esencia armonioso, en el que los propietarios, los jinetes y los espectadores interactuaban sin mayor conflicto. Es comprensible que esta perspectiva domine la documentada investigación sobre la historia de las carreras de caballos que el Jockey Club encargó a José Viale Avellaneda en la década de 1920, así como los estudios realizados por propietarios de caballos que, más tarde, seguirían esa huella.³ Sin embargo, un punto de vista similar se observa en trabajos que colocan a la historia del turf en el

² Wray Wrampley, *The Turf. A Social and Economic History of Horse Racing* (Londres 1976); Mike Huggins, *Horsereading and the British 1919–39* (Manchester 2004); Daniel Roche, “Le cheval et ses élevages: perspectives de recherche”: *Cahiers d’Histoire* 42, 3–4 (1997), pp. 511–520; idem, “Equestrian Culture in France from the Sixteenth to the Nineteenth Century”: *Past and Present* 199 (2008), pp. 113–145; Jean-Pierre Blay, *Les princes et les jockeys: Chantilly XVIIIe – XXe siècle* (Biarritz 2006).

³ José Viale Avellaneda, *El turf en la Argentina* (Buenos Aires 1926); Eduardo S. Blousson, *Turf y Eleveage Argentinos. Origen, Evolución, Importancia* (Buenos Aires 1977).

marco de una visión crítica sobre el papel de las elites propietarias en la historia nacional. Así, por ejemplo, uno de estos ensayos sostiene que desde la misma fundación del Jockey Club “el público comenzó a acompañar con entusiasmo todas las manifestaciones turfísticas imaginadas por el clan de Pellegrini”, dando a entender que este espectáculo tuvo muchos espectadores, pero un solo protagonista.⁴ En todos estos relatos, además, los jinetes reciben un trato similar al que se prodiga a los espectadores. Los profesionales de la pista nunca son analizados en tanto grupo específico, y solo los jinetes más famosos merecen una mención al pasar, usualmente con motivo de alguna victoria deportiva. En síntesis, la historia del turf argentino ha sido escrita como la de un “deporte de reyes” dominado por una institución y magnates muy prominentes, cuyo suave liderazgo se impuso sin resistencia tanto sobre los espectadores como sobre los deportistas.

Sin embargo, como todo espacio social en el que confluyen actores dotados de recursos económicos y de poder muy desiguales y cuyos intereses solo en parte resultan coincidentes, el hipódromo fue un territorio estructurado sobre la base de valores e intereses compartidos pero también forjado a partir de tensiones y disputas. Surgido en un período de hondas transformaciones sociales, en el turf se refractaron los procesos de cambio que moldearon a la sociedad argentina. La historia del espectáculo más popular del país durante medio siglo reconoce al menos dos momentos de intensa mutación, en los que las relaciones entre propietarios, deportistas y público se vieron redefinidas. El primero corresponde a las últimas dos décadas del siglo XIX: En esos años de auge económico y consolidación del poder de la elite propietaria, el Jockey Club desplegó una serie de iniciativas dirigidas a reformar y civilizar el espectáculo, y a reafirmar su autoridad sobre el público y los jinetes profesionales. El segundo coincide con el período que siguió a la Gran Guerra, cuando la preeminencia de los señores del Jockey Club fue sometida a cuestionamientos. En el clima más democrático de los años de entreguerras, la posición de los propietarios de caballos como dueños exclusivos del hipódromo fue desafiada tanto desde las tribunas como desde la pista.

Este artículo concentra su atención en el primer momento mencionado. Analiza un aspecto particular del proceso de formación del turf como un espectáculo a la vez elitista y profesionalizado, y de las disputas a las que este proceso dio lugar. Pone el foco en las iniciativas que el Jockey Club desplegó con el fin de disciplinar a los jinetes, codificando su atuendo y apariencia y reglamentando su comportamiento. Para los jockeys, el aspecto más irritante de estas reformas fue la obligación de afeitarse el rostro. El

⁴ Abel González/Rubén Novello, *Historia del Turf* (Buenos Aires 1971), p. 40.

rechazo de esta medida dio lugar a la “huelga del bigote” de 1893. Este trabajo argumenta que este conflicto, aparentemente trivial y poco atendido en las historias del turf, no se refería solamente a cuestiones de apariencia personal. Por detrás de la disputa por el derecho a usar bigote asoman cuestiones vinculadas a ideales de masculinidad, poder y autonomía. En este sentido, la huelga del bigote debe entenderse como parte del proceso más general a través del cual los propietarios de caballos de carrera aspiraban a reafirmar su condición de protagonistas exclusivos del espectáculo, de modo de hacer del hipódromo un terreno no solo más civilizado y sofisticado, sino también más sometido al imperio de los socialmente poderosos.

La primera parte del artículo describe someramente el lugar del caballo en la cultura ecuestre criolla. En este marco, sitúa los orígenes del turf, cuyo desarrollo inicial transcurrió en el seno de la comunidad británica. La segunda parte aborda el momento en que la elite propietaria nativa abrazó las carreras de caballos de estilo inglés y pasa revista a las iniciativas puestas en marcha por este grupo para apropiarse del espectáculo y para colocarlo bajo su dominio y patronazgo. La tercera parte estudia cómo estas iniciativas redefinieron la relación entre jinetes y propietarios. Finalmente, el cuarto apartado focaliza la atención en la ya mencionada huelga del bigote. La última sección ofrece unas breves conclusiones.

1. Los orígenes del turf

Tanto el turf, la actividad que se desarrolla en torno a las carreras de caballos en los hipódromos, como el *élevage*, que comprende lo concerniente a la cría del caballo pura sangre de carrera, se iniciaron tardíamente en la Argentina.⁵ De hecho, hasta entrado el último tercio del siglo XIX, estas actividades no suscitaban entusiasmo entre los integrantes más encumbrados de la clase propietaria, el único grupo que se hallaba en condiciones de poner en marcha aficiones tan complejas como costosas. Las inhibiciones de los potentados locales se explican, en gran medida, por el carácter plebeyo de la cultura ecuestre nativa. A diferencia de lo que sucedía en Europa y en muchas partes de América, en la Argentina, y en especial en su región pampeana, durante mucho tiempo los equinos no fueron especialmente relevantes, ni como índices de posición social ni como bienes de prestigio. Ello se debía, fundamentalmente, a que la extraordinaria uniformidad del rodeo y la amplísima extensión social del acceso al caballo hicieron de esta sociedad lo más parecido a una democracia ecuestre.

⁵ Blousson, *Turf y Elevage* (nota 2), p. 17.

El caballo de las pampas, pequeño y resistente, descendía de los equinos que habían acompañado a los conquistadores del siglo XVI. En estas fértiles praderas, los ejemplares españoles se habían cruzado entre sí a lo largo de los siglos, sin el aporte de otras razas, dando forma a un rodeo de rasgos muy homogéneos. Los registros señalan que recién en 1806, cuando fue capturado el caballo de William Carr Beresford, jefe de las fuerzas británicas que invadieron Buenos Aires en el invierno de ese año, ingresó a este territorio un equino de sangre inglesa. En el medio siglo que corre hasta el derrocamiento de Rosas, apenas otros tres caballos y una yegua británicos, todos ellos de raza shire (esto es, un tipo de animal lento aunque de gran porte y elegancia, y considerable potencia, con frecuencia utilizado para la guerra), arribaron al país. Tanto por su muy escaso número como porque casi todos ellos eran machos, no fue posible asegurar la preservación en el tiempo de las características propias de estos equinos. Al cabo de algunos años de cruce con los ejemplares nativos, los rasgos idiosincráticos de estos ejemplares importados terminaron desapareciendo, diluidos en un mar de caballos criollos.⁶

Amén de las similitudes físicas entre los equinos, el rodeo existente en la región pampeana era quizás el más grande del mundo en relación a la población que explotaba su energía. Toda consideración precisa sobre este punto se ve limitada por la ausencia de información estadística confiable, incluso para las décadas de la organización nacional. De todos modos, una estimación cautelosa sugiere que a lo largo de la mayor parte del siglo XIX, la provincia de Buenos Aires y su capital debían tener un promedio de no menos de tres caballos por habitante. El censo de 1881 señala que todavía entonces, luego de dos décadas de expansión del riel, la primera provincia argentina contaba con 4,4 equinos por habitante. La abundancia de caballos que se observa en Buenos Aires también caracterizaba a otras provincias pampeanas. Así, por ejemplo, hacia 1860 Entre Ríos poseía casi cinco caballos por persona, lo que explica por qué este distrito fue largo tiempo recordado como una “región de centauros”, en la que un hombre a pie era “una cosa incompleta”.⁷ El censo de 1881 nos recuerda que el contraste con la situación imperante en Europa no podría ser más marcado, pues para esos años tanto en Gran Bretaña como en Francia y Alemania existía menos de 0,1 equinos por habitante.⁸

⁶ Blousson, *Turf y Elevage* (nota 2), pp. 17–40.

⁷ Roberto Schmit, *Los límites del progreso: expansión rural en los orígenes del capitalismo rioplatense, Entre Ríos, 1852–1872* (Buenos Aires 2008), pp. 49 y 83; la cita es de Last Reason, “Donde el gaucho es rey...”: *Crítica* 23/10/1924.

⁸ *Censo General de la Provincia de Buenos Aires, 1881* (Buenos Aires 1883), pp. 350–351.

El hecho de que Buenos Aires y Entre Ríos tuviesen 30 o 40 veces más caballos por persona que las sociedades europeas que acabamos de mencionar – y distribuidos de manera más igualitaria, a lo largo de toda la escala social – ayuda a explicar por qué en este rincón americano no fue sencillo convertir al equino en un símbolo de distinción social. La diferencia era muy considerable respecto de otras sociedades de amplias praderas que poseían mitos ecuestres, como Australia (0,3 caballos por habitante) y Estados Unidos (0,25 caballos por habitante).⁹ A la luz de este contraste no solo con Europa, sino también con otras sociedades de inmigración es que se comprende el impacto causado sobre los visitantes extranjeros de la primera mitad del siglo XIX por escenas que, como la del menesteroso mendigando desde el lomo de su caballo retratado por el inglés Emeric Essex Vidal, revelan la extraordinaria extensión del acceso al equino en la Argentina litoral.¹⁰ Y es que si algo caracterizaba a esta sociedad, era precisamente su ya mencionada condición de democracia ecuestre.

De hecho, en los distritos rurales hasta los trabajadores relativamente humildes eran dueños no de un solo caballo sino de una tropilla. Incluso en los centros urbanos de mayor tamaño, como la ciudad de Buenos Aires, se veían equinos por doquier, montados por personas de cualquier edad y condición social. Si hasta los mendigos contaban con caballos, no sorprende que estos animales fuesen empleados para todo tipo de tareas. Los pescadores utilizaban equinos para tender y recoger sus redes, y lo siguieron haciendo por lo menos hasta la década de 1870.¹¹ También en la guerra los caballos eran omnipresentes. Rosas y Sarmiento coincidían en que un ejército no se hallaba en condiciones operativas si no contaba con al menos tres equinos por cada soldado de caballería, el arma que constituía el corazón de las fuerzas militares de la era que corre entre la independencia y la así denominada Conquista del Desierto de 1878–1880 (y durante gran parte de este período estos caballos fueron provistos por los propios soldados milicianos, como parte de sus obligaciones patrióticas en una sociedad republicana).¹²

⁹ Ibidem.

¹⁰ En Nueva York había un equino cada 23 habitantes en el año 1856, y en Buenos Aires cerca del doble más de medio siglo más tarde (uno cada nueve habitantes en 1914). Melvin L. Anderman, “The First Modern Sport in America: Harness Racing in New York City, 1825–1870”: Steven A. Riess (ed.), *The American Sporting Experience: A Historical Anthology of Sport in America* (Champaign, IL 1984), pp. 104–134, aquí: p. 128.

¹¹ Mayol de Senillosa, *Memorias Parleras. Primer Tomo. Pajarico Volantón* (Buenos Aires 1926), p. 50.

¹² Ricardo Levene, *La anarquía de 1820 y la iniciación de la vida pública de Rosas* (Buenos Aires 1954), pp. 251–252; Domingo F. Sarmiento, *Campaña en el Ejército Grande* (Bernal 1997), pp. 160–163.

En síntesis, quizás como en ningún otro lugar en el mundo, la Argentina litoral nos presenta un escenario en el que pobres y ricos se hallaban en condiciones muy similares en relación al caballo. En este contexto marcado por una excepcional amplitud social en el acceso a los equinos y una igualmente notable uniformidad del rodeo cobra sentido aquella anécdota donde el gobernador Juan Manuel de Rosas, el hombre más influyente de la Confederación y para muchos también su primer jinete, aparece presionando a un humilde paisano, con el que se topa en un camino en las afueras de la ciudad, para que truequen sus cabalgaduras, puesto que el ejemplar que poseía ese hombre del común era superior al que montaba el todopoderoso Restaurador.¹³

Medio de transporte y de trabajo al alcance de todos, el caballo era también una fuente de entretenimiento popular. Al menos desde el siglo XVII, las carreras cuadreras constituyeron un componente central del repertorio de diversiones de los sectores subalternos. Estas competencias, que se disputaban en una pista recta de unos pocos cientos de metros de extensión, eran muy frecuentes en la campaña, pero también en las orillas de las ciudades. Para asistir a una carrera cuadrera en Buenos Aires no había más que desplazarse hasta la costa del río o alcanzar los descampados que comenzaban a hacerse frecuentes apenas se traspasaba la plaza Once de Septiembre, a menos de dos kilómetros del núcleo central de la ciudad. Demostraciones de destreza popular y masculina, en estas competencias los jinetes solían correr descalzos y en pelo (es decir, sin recado ni montura), únicamente auxiliados por un freno. Este mundo plebeyo constituyó una presencia cotidiana en la vida urbana de la mayor ciudad del país hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XIX, y sus ecos se advierten, invariablemente, en todos los relatos que toman por objeto las costumbres populares de esos años. “Muchos eran los aficionados que cuidaban pingos de carrera en los corralones de la ciudad y hasta en sus mismas viviendas, para acudir, los domingos, a las famosas pulperías, donde se jugaban fuertes sumas”, rememoraba Felipe Mayol de Senillosa en sus recuerdos de infancia y juventud, transcurridas en las décadas de 1860 y 1870.¹⁴

Accesible para todos, estrechamente identificado con el entretenimiento popular, y por ende privado de todo viso de exclusividad, no extraña que el mundo del caballo de silla no despertase el interés de los poderosos locales. Y es por ello que cuando en Santiago, Lima o Rio de Janeiro ya habían surgido clubes hípicos que gozaban del patrocinio de los hombres de fortuna y

¹³ La anécdota es referida en Máximo Aguirre, “Los caballos del Restaurador”: *Todo es Historia* III, 29 (1969), pp. 73–80, aquí: pp. 74–75.

¹⁴ Mayol de Senillosa, *Memorias Parleras* (nota 11), pp. 83–84.

posición, las clases propietarias argentinas seguían dándole la espalda al caballo.¹⁵ De hecho, fueron los integrantes de la comunidad británica quienes primero vieron a los equinos como algo más que un medio de transporte y trabajo, y a la equitación como algo distinto a un hábito popular impuesto a todos por la extensión del territorio y la baratura de estos animales. Los primeros reportes sobre carreras “a la inglesa”, disputados entre estos extranjeros, se remontan a mediados de la década de 1820. Pero fue un cuarto de siglo más tarde cuando esta comunidad habría adquirido mayor envergadura y madurez, que algunos de sus miembros más destacados comenzaron a promover la realización de competencias hípcas que remediaban las que tenían lugar en su tierra de origen. Producto de estos esfuerzos asociativos nació, en 1849, la Foreign Amateur Racing Society, la primera de las sociedades hípcas creadas en el país.

Las competencias “a la inglesa” promovidas por esta asociación de inmigrantes británicos en una pista ubicada en Belgrano se distinguían de las cuadreras criollas en primer término porque se disputaban sobre distancias más largas, siempre superiores a la media milla, y en una pista de forma oval. Más que una renovación del plantel de caballos de carrera, la novedad que aportaron las carreras organizadas por la Foreign Amateur Racing Society radicó en las nuevas reglas que regulaban la competencia y en el protagonismo de los extranjeros. Al calor del crecimiento de la comunidad británica, y en particular del incremento del número de estancieros de ese origen, en el curso de las décadas de 1860 y 1870 surgieron varias asociaciones hípcas en la campaña bonaerense: en Capilla del Señor, Navarro, Nueve de Julio, Azul, Ranchos, Mercedes, y también en otras provincias pampeanas, en Gualeguaychú, Santa Fe y Rosario. Promovidas por aficionados que, como James Lawrie, William Anderson o Wilfrid Latham, formaban parte de los sectores más poderosos de la comunidad británica, estas carreras “a la inglesa” por largo tiempo mantuvieron su carácter de eventos comunitarios en los que participaban individuos de muy distinta condición social, que casi siempre montaban sus propios ejemplares, muchos de los cuales eran nativos o mestizos.¹⁶

Así, las peculiares condiciones de acceso al caballo que hemos señalado para la sociedad criolla también dejaron su impronta en las competencias hípcas organizadas por los aficionados británicos, abriéndolas a todos

¹⁵ Arnold Bauer, *Chilean Rural Society. From the Spanish Conquest to 1930* (Cambridge 1975), p. 206; William H. Beezley, *Judas at the Jockey Club and Other Episodes of Porfirian Mexico* (Lincoln 1987), p. 27; Jeffrey Needell, *A Tropical ‘Belle Epoque’: Elite Culture and Society in Turn-of-the-Century Rio de Janeiro* (Cambridge 1987), pp. 74–75.

¹⁶ Viale Avellaneda, *El turf* (nota 2).

los integrantes de esta comunidad. En la década de 1860, empero, este escenario comenzó a transformarse, pues entonces tomó envergadura la importación de *thoroughbreds*, esto es, ejemplares de la raza denominada purasangre de carrera. Gracias a la mejora de las comunicaciones marítimas y el incremento del ingreso generado por el auge exportador, por primera vez se afirmó una corriente de importación de caballos de raza, casi todos ellos provenientes de Gran Bretaña. Esbeltos y veloces, y capaces de mayores esfuerzos en las carreras de largo aliento, desde mediados de la década de 1870 los purasangre británicos demostraron su superioridad sobre los caballos criollos de manera inapelable.¹⁷ Con el arribo de estos costosos y sofisticados caballos, la escena turfística local experimentó una transformación técnica, pero también social. Cuando el turf se transformó en una afición no solo más competitiva, sino también más demandante de recursos, la primacía de los miembros más prósperos de la comunidad británica se afirmó. En este contexto, los rasgos socialmente democráticos del mundo de las carreras de caballos comenzaron a opacarse.

2. La elite argentina y el turf

Fue en ese momento y en esas circunstancias que el caballo de carrera comenzó a despertar el interés de los hombres de fortuna criollos. Ayudados por los vastos recursos que les aseguraba la prosperidad exportadora, en pocos años los miembros de la elite social nativa desplazaron a los pioneros británicos del centro del escenario turfístico. Hacia la década de 1870 comenzó a afirmarse la reputación de figuras como Miguel Martínez de Hoz, luego reconocido como “el primer criador de caballos de carrera en la República”, propietario de Talismán y otros grandes corredores de ese tiempo.¹⁸ En esos años también nacieron los primeros establecimientos dedicados a la cría de caballos pura de carrera cuyos dueños eran argentinos. La Quinua, luego denominado Ojo de Agua, de Santiago Luro (1873), San Jacinto, de Saturnino E. Unzué (1877), y Las Ortigas, de Ignacio Correas (1888), se cuentan entre los haras más afamados surgidos en esa fase inicial de la historia del turf nacional.

No se trató, por cierto, de una afición que la clase propietaria considerase intrascendente, y menos aún de una afición barata. En esos años se labró un estrecho vínculo entre la elite propietaria y el purasangre. Convertido en un objeto privilegiado de interés para muchos hombres de fortuna,

¹⁷ *Ibidem*, p. 486.

¹⁸ *El Campo y el Sport* 29/9/1892, p. 38.

fue en ese último cuarto del siglo que los criadores de mayor relieve hicieron caer todo el peso de su reciente prosperidad sobre el mercado internacional de caballos de carrera. En este aspecto, la década de 1880 constituyó un parteaguas. Entre 1882 y 1888, unos 440 purasangre arribaron al país, casi todos ellos provenientes de Inglaterra.¹⁹ Tan importante fue el flujo de caballos importados que en ese último año comenzó a disputarse una carrera denominada Europa, reservada a ejemplares importados. Algunas de esas compras alcanzaron gran repercusión. Así, por ejemplo, en 1889 Juan Salvador Boucau adquirió a Ormonde por unas 12.000 libras (unos \$ 60.000 de oro), la cifra más elevada pagada por un caballo en el mundo. Propiedad del duque de Westminster, uno de los hombres más afortunados de Inglaterra, este formidable ejemplar se había consagrado como el mejor ejemplar británico (y entonces ello quería decir también del mundo) de su generación.²⁰

Además de aficionados poderosos y entusiastas, la afirmación del turf requería bases institucionales más sólidas que los que podían conferirles las asociaciones nacidas en el seno de la comunidad británica, los criadores nativos que participaban en la actividad hípica o los animadores de los modestos hipódromos surgidos en las afueras de Buenos Aires y en la campaña en los años que corren entre las presidencias de Mitre y Avellaneda. En este aspecto, la creación del Jockey Club de Buenos Aires supuso un paso fundamental para la difusión del turf, que al cabo de algunos años colocó a las carreras de caballos en un nuevo umbral. La idea de fundar este centro hípico surgió en 1876, cuando Carlos Pellegrini y otros entusiastas del turf, luego de asistir al derby de Chantilly, convinieron fundar una institución similar a la que organizaba la actividad hípica en Francia. Algunos años más tarde, en 1882, el Jockey Club porteño abrió sus puertas, con Pellegrini como su primer presidente. El impulso de esta figura resultó fundamental para hacer prosperar la iniciativa, pues para entonces Pellegrini ya era uno de los políticos más influyentes del país, con amplias conexiones dentro de la elite propietaria.

Un número considerable de miembros de la comunidad británica formaron parte del grupo fundador del Jockey Club. Sin embargo, el perfil de estas figuras era distinto al de los extranjeros que habían animado las asociaciones hípcas surgidas en el cuarto de siglo posterior a la caída de Rosas. Casi todos ellos habían nacido en el país y se hallaban integrados en círculos de sociabilidad y negocios más amplios que los propiamente comunitarios. Así sucedía, por ejemplo, con Guillermo Kemmis y, sobre todo, con Eduardo Casey, primer vicepresidente del Jockey Club. Se trataba, como se

¹⁹ *Anuario Jockey Club, 1882–1924* (Buenos Aires 1924), p. 41.

²⁰ Blousson, *Turf y Elevage* (nota 2), p. 38.

ve, de anglo-argentinos más que de británicos. De todos modos, la influencia de estas figuras fue atenuándose a lo largo de la década de 1880, cuando el centro de gravedad del turf ya se ubicó de manera definitiva en la elite nativa.²¹ Desde entonces, apellidos como Luro, Unzué, Atucha, Bosch, Martínez de Hoz, Casares, Correas, Anchorena o Alvear se escucharían cada vez con mayor frecuencia en la pista y en las tribunas. Al detener la atención sobre estos apellidos se advierte, además, que el conjunto de figuras que animó al turf argentino se reclutó en el sector más prominente de la elite terrateniente. Señalemos, de paso, que este reemplazo étnico y social coincidió con un desplazamiento de la musa inspiradora que orientaba culturalmente al hipódromo argentino. Sin que la referencia al todopoderoso turf británico desapareciera del todo, ésta fue cada vez más filtrada por un lente que tenía a París y no a Londres como principal centro de cultura. De hecho, no solo la idea de fundar un Jockey Club se bosquejó en un hipódromo de París, sino que desde entonces un número considerable de caballos, *studs* y haras evocaron ese mundo.

Al igual que otras asociaciones nacidas en esos años, el Jockey Club fue concebido como un centro de sociabilidad destinado a elevar culturalmente a los varones de la clase propietaria, promoviendo, a través del cultivo del ocio refinado y cosmopolita, la sofisticación de sensibilidades y comportamientos. A este proyecto dedicaron sus esfuerzos personajes como Miguel Cané, uno de los principales hombres de letras del país, y, en alguna medida, el propio Pellegrini, su figura pública más destacada. Describir al Jockey Club solo o principalmente como un ámbito de sociabilidad elitista, empero, impide captar cuál era la originalidad de este emprendimiento y qué tipo de intereses predominaba entre sus miembros más conspicuos. El Jockey Club nació para promover el desarrollo y la sofisticación de la actividad hípica, un objetivo que en la época se vinculaba estrechamente con la renovación y la mejora del stock de equinos de paseo y trabajo del país. En particular, su núcleo dirigente se propuso reformar tanto a las prácticas como a los actores del hipódromo, y sus iniciáticas más significativas y perdurables se desplegaron en este ámbito. La creación de un turf más competitivo, pero también más elegante y sofisticado, que se asemejara al de las grandes capitales europeas, fue su principal objetivo.

La relevancia de esta tarea no podría exagerarse. No se ha reparado lo suficiente en el hecho de que este vuelco hacia el turf, más que orientar a la

²¹ Sobre el Jockey Club, ver Francis Korn, “La gente distinguida”: José Luis Romero/Luis Alberto Romero (eds.), *Buenos Aires. Historia de Cuatro Siglos*, vol. II (Buenos Aires 1980), pp. 45–55; Leandro Losada, *La alta sociedad en la Buenos Aires de la belle époque* (Buenos Aires 2008), pp. 177–197.

clase propietaria sobre mundos de sociabilidad privados o cerrados sobre sí mismos, terminó dándole a este grupo una enorme visibilidad. Convertido muy rápidamente en uno de los entretenimientos favoritos de las clases populares urbanas, el hipódromo fue el principal terreno de encuentro entre el sector más encumbrado de la elite social y las clases subalternas urbanas. Más que las bodas y los funerales, el paseo por los bosques de Palermo o en la rambla de Mar del Plata – todos ritos donde la clase alta se exhibía en público y era objeto de observación ocasional por integrantes de otros universos sociales –, en el hipódromo la posición ocupada por el sector más encumbrado de la elite social fue tan conspicua como masiva, y directa era la presencia de las clases populares.

El Hipódromo Argentino de Palermo fue el gran teatro en el que ese encuentro entre ambos mundos sociales tuvo lugar. Este estadio había sido creado en 1876 por un grupo de *turfmen* presidido por Narciso Martínez de Hoz. Desde 1883, el hipódromo quedó bajo el control del Jockey Club, que en los años siguientes ampliaría y renovaría sus instalaciones. Ubicado en un predio lindero al parque de Palermo, y bien comunicado con el centro de la ciudad de Buenos Aires por ferrocarril, el Hipódromo Argentino ocupó por largas décadas una posición preponderante en un mercado de entretenimiento en acelerado proceso de expansión. La información que nos ofrece *Revista de Estadística Municipal* revela que, hasta entrada la década de 1930, el hipódromo fue, por lejos, el espectáculo deportivo más concurrido del país.²² En la Argentina, el hipódromo fue el único espacio en el que la elite propietaria se exhibía ante un público de masas. En las tribunas y espacios reservados para los propietarios de caballos y los socios del Jockey Club, la elite social dejaba de ser una categoría analítica (política o sociológica) para adquirir formas concretas. Allí, la clase propietaria argentina cobraba, literalmente, plena existencia material. En 1886, con motivo de una importante carrera, *Sud América* señalaba que “toda la *fashion* de Buenos Aires se había dado cita” en el hipódromo.²³ De acuerdo con este diario, el hipódromo se estaba convirtiendo en esos años en “el *rende-vous* de todo lo que hay de distinguido en nuestra sociedad”.²⁴ Y una década más tarde, *La Nación* observaba que el Gran Premio Nacional de ese año se disputó ante

²² *Revista de Estadística Municipal de la Ciudad de Buenos Aires* LIII, 637-638-639 (1940), p. 489.

²³ *Sud América* 4/10/1886.

²⁴ *Sud América* 1/10/1887.

“[...] una concurrencia excepcionalmente numerosa y distinguida [...] puede asegurarse que una parte considerable de las familias que dan realice a nuestras grandes reuniones, congregábase en los palcos y tribunas del hipódromo”.²⁵

En el Hipódromo Argentino de Palermo, el alto mundo social se recortaba sobre un entorno que, pasada la mitad de la década de 1880, alcanzaba a varios miles de espectadores. Cuando fue inaugurado en 1876, este estadio podía alojar unas 1.600 personas en sus tribunas y quizás otros tantos a pie o a caballo. Desde entonces, el interés despertado en el espectáculo llevó más y más público a Palermo, que progresivamente amplió sus instalaciones para alojarlo. Aunque en un comienzo el comportamiento de los asistentes no siempre se ajustaba a los estándares de decoro que el Jockey Club y los reformadores del turf tenían por aceptables, con el paso de los años la disciplina fue imponiéndose en las tribunas populares; y, por sobre todas las cosas, creció el número de espectadores. Las principales carreras de 1902 contaron con una asistencia de más de 10.000 personas, y para 1905 más de 15.000 espectadores pagaban una entrada para observar las competencias entre los caballos de los hombres más ricos del país.²⁶ Los principales eventos hípicos – el Gran Premio Nacional y el Internacional – congregaban lo que en términos de la época era un público de enormes proporciones. Así, por ejemplo, en ocasión del Premio Nacional de 1904 el cronista del vespertino *El Diario* señaló como “desde temprano Buenos Aires iba volcando torrentes humanos” sobre el Hipódromo de Palermo, cuyo tamaño estimó en más de “treinta mil espectadores”.²⁷ Para entonces, cuando el fútbol aún no había logrado reunir más de 2.000 almas, ningún espectáculo podía competir con el hipódromo.

3. Jockeys y propietarios

Ante la mirada de este vasto público popular se suscitó una sorda disputa entre jinetes y propietarios por la primacía simbólica en la pista. A diferencia de otras competencias, el turf requiere de la acción mancomunada de un caballo y su conductor. Por tanto, la atribución de méritos por los resultados alcanzados a uno u otro no es un hecho natural u obvio. Cambiante en el tiempo, el contexto social en el que funciona el turf tiene una influencia decisiva a la hora de determinar a quién pertenece la victoria. En esta etapa de consolidación del turf elitista, una vez que los propietarios ya habían

²⁵ *La Nación* 25/10/1897

²⁶ *La Prensa* 13/10/1902 y 13/11/1905.

²⁷ *El Diario* 17/10/1904.

delegado la conducción de sus costosos caballos en jockeys reclutados en las clases subalternas, el grado de protagonismo que debía asignarse a los jinetes se convirtió en un asunto de gran relevancia, que afectaba el prestigio y el ascendiente de los hombres más ricos y poderosos del país. No sorprende, por tanto, que desde su creación el Jockey Club desplegara varias iniciativas dirigidas a construir o reafirmar la preeminencia de los propietarios como únicos protagonistas del espectáculo. Ello supuso la alteración de rituales que habían acompañado los primeros pasos del turf y que, en esta etapa de ascenso de formación del hipódromo elitista, fueron objeto de censura y denigración, y descalificados como propios de “reuniones de pulpería”.²⁸

En efecto, hasta entrada la década de 1880, jockeys y propietarios solían compartir ciertos espacios de sociabilidad, en los que interactuaban en un pie de relativa igualdad. La victoria del jinete Leandro Álvarez en la Copa de Oro de 1884 es ilustrativa al respecto. Apenas culminada la carrera, según señala la crónica periodística, el jinete victorioso fue llevado “en andas aclamado, vivado, casi besado, por los partidarios del triunfador, que eran casi todos”.²⁹ Álvarez fue conducido en andas hasta el palco, donde le esperaban las autoridades del hipódromo. Una vez allí, el jinete fue invitado a compartir una copa de champagne con el coronel Francisco Bosch, dueño del caballo triunfador, Santiago Luro, el presidente del Jockey Club, y el círculo de relaciones de estos caballeros.³⁰ Álvarez no solo era jinete, sino también entrenador e incluso propietario de algunos caballos, lo que sugiere que estas figuras aún no habían terminado de escindirse. Unos años más tarde, el jockey José Verdere también fue conducido en andas hasta el palco “en medio de las acciones del gentío”, en ocasión de su triunfo en el Gran Premio Internacional.³¹

La presencia del público en la pista, festejando a los jinetes, y las celebraciones que colocaban a los jockeys profesionales en el mismo plano que los propietarios no estaban destinadas a sobrevivir más allá de la década de 1880. En el hipódromo reformado que el Jockey Club se empeñó en construir, los jockeys fueron concebidos como meros trabajadores especializados cuya tarea consistía en conducir a los caballos de un extremo al otro de la pista de la manera más sobria y silenciosa posible (además, por supuesto, de trabajar de manera más anónima en la preparación y el entrenamiento de

²⁸ *El Nacional* 11/10/1883. Para otros ejemplos, Viale Avellaneda, *El turf* (nota 2), p. 661.

²⁹ *El Nacional* 24/11/1884.

³⁰ *Sud América* 25/11/1884.

³¹ *Sud América* 12/11/1887.

los equinos durante la semana). Los jinetes fueron disminuidos en su condición de protagonistas deportivos, de modo que el crédito por la victoria le correspondiese solo al caballo y a su propietario. Así, por ejemplo, desde la fundación del Jockey Club y “durante años, los Calendarios de Carreras no mencionaron los nombres de los profesionales”, condenándolos a permanecer en el anonimato.³² En rigor, la consagración de las carreras de caballos como un entretenimiento a la vez elitista y refinado no solo supuso la erradicación de sus vínculos con la cultura ecuestre popular, sino también la subordinación de los deportistas al imperio de los *sportsmen* (un calificativo siempre reservado a los propietarios).

La Comisión de Carreras del Jockey Club fue el instrumento que encajó a los jinetes en este molde. Este comité, en el que solo estaban representados miembros del Jockey Club, regulaba todo lo concerniente a la participación de los profesionales en la pista, comenzando por el otorgamiento de las licencias que les autorizaban a competir. La Comisión de Carreras poseía, incluso, la potestad de multar a los jockeys o suspender sus licencias, sin que los profesionales que eran objeto de sanciones tuviesen derecho a apelar el dictamen. Esta prerrogativa fue empleada con un ojo muy atento al comportamiento antideportivo. En esta tarea la Comisión de Carreras del Jockey Club se mostró muy consecuente. Pero la comisión también se abocó con igual firmeza a regular cuestiones más generales relativas a la *performance* pública de los jinetes. Desde el punto de vista de la Comisión de Carreras, la elevación de la calidad del espectáculo requería que los jockeys se atuvieran a un estricto protocolo de comportamiento; se arrogó la potestad de vigilar – en sus propias palabras – “la conducta de los jockeys que saben que no encontrarán débil la mano que los castigue”.³³

Como parte de las iniciativas dirigidas a subordinar a los jinetes y desterrar todo resabio de la cultura ecuestre criolla de la pista, desde la creación del Jockey Club los jockeys debieron ajustar su *performance* a un código que regulaba su conducta deportiva, pero también cuestiones vinculadas a su atuendo y decoro. Un artículo aparecido en *El Nacional* en 1883, seguramente surgido de la pluma de Samuel Alberú (amigo personal de Pellegrini, socio fundador del Jockey Club y creador, unos años más tarde, de la publicación especializada *El Campo y el Sport*), capta las ambiguas reacciones de los civilizadores del turf ante los primeros progresos de su tarea. “A estos pampitas vestidos de jockeys ingleses, no les sienta la ropa”, se lee en *El Nacional* cuando el uniforme de los jinetes comenzó a estanda-

³² Blousson, *Turf y Elevage* (nota 2), p. 237.

³³ Jockey Club, *Memorias y Balances, Memoria 1890–91* (Buenos Aires 1891), p. 90.

rizarse sobre la base del modelo británico (chaquetilla de seda con los colores del *stud* al que pertenecía el caballo, *breeches*, botas altas, gorra y fusta).

“El blanco y el celeste claro, el negro y el naranja, excelentes para combinarse con la cara blanca y rubia de un inglés, y aún con la mecha roja que asomaría bajo los cascos del gorrito, no pegan ni en forma ni en color, con las mejillas criollas y rollizas de los muchachos ginetes”.³⁴

Poco a poco, los reformadores del turf perdieron la sensación de extrañeza ante las novedades que ellos mismos promovían. La idea de que entre los socios del Jockey Club y los “pampitas” había un abismo social y cultural no desapareció y siguió reclamando, de manera sistemática, el empleo de una inflexible pedagogía disciplinadora. Para asegurar la correcta presentación de los jinetes en la pista, se lee en la *Memoria* de la Comisión de Carreras, unos años más tarde se creó un vestuario en el que “los jockeys se visten allí bajo la vigilancia de un inspector”.³⁵ Aunque con extrema parquedad, la prensa solía informar sobre las multas y suspensiones con que la Comisión de Carreras penaba a los jinetes cuya conducta era tenida por inapropiada. “El jockey Viera (Canario) ha sido suspendido por 2 reuniones; Ignacio Martínez por tres meses, Enrique Lopez por dos reuniones, José Romay por una y Pedro Aguirre por una”, se lee en una de esas breves notas a través de las cuales se comprueba que la prensa entendía que discutir las razones de esas sanciones caía fuera de su competencia.³⁶ Un episodio de 1901 ilustra el celo con el que la Comisión de Carreras del Jockey Club castigaba las faltas y, de paso, también nos alerta sobre el cambio que, en poco más de una década, había sufrido el ritual de la victoria. En septiembre de ese año, según nos informa *El Diario*, un jockey de apellido Saavedra fue castigado por arrogarse el derecho de festejar su triunfo. Tras cruzar la línea de llegada, entusiasmado por su victoria, el jinete triunfador “revoleaba su látigo y saludaba con él”. La actitud del jinete, señalaba con aprobación y algo de sorna el principal diario vespertino de Buenos Aires, “le costó cara, pues, condensándose sobre este hecho todas las energías del Jockey Club, le fue aplicada una multa de cien pesos”.³⁷ Para el cambio de siglo, pues, con el festejo de los espectadores del común contenido tras las vallas que cercaban las tribunas populares, los jinetes ya no tenían quien los llevase en andas. Pero también habían perdido el derecho de levantar su fusta para reclamar su parte en la victoria, que ahora pertenecía exclusivamente al propietario y su caballo.

³⁴ *El Nacional* 28/5/1883.

³⁵ Jockey Club, *Memorias y Balances, Memoria 1898–99* (Buenos Aires 1899), p. 211.

³⁶ *El Correo Español* 15/6/1893.

³⁷ *El Diario* 8 y 9/9/1901. También *La Nación* 9/9/1901.

4. La disputa por el bigote

Es importante subrayar que penalidades de esta índole no solo apuntaban a moldear el comportamiento y refinar la *performance* pública de los jinetes, erradicando a la vez todo lo que pudiera sobrevivir en esos jinetes de tez morena de la cultura ecuestre popular. La prohibición de festejar ante la vista del público era también un mensaje destinado a poner de relieve que el mero hecho de guiar al caballo triunfador no hacía a los jinetes acreedores a ningún tipo de reconocimiento por la victoria obtenida en la pista. Así, pues, amén de aspirar a refinar la *performance* de los jinetes, la prohibición de festejar suponía un intento deliberado de atenuar su relevancia deportiva. Mejor que cualquier otro episodio, la reforma del reglamento de carreras sancionada en junio de 1893 revela el alcance de esta ambición. Con relación a la cuestión que aquí nos interesa considerar, la medida más relevante se refiere a la prohibición de lucir barba y bigote a la que, desde la entrada en vigor de este código, los jinetes debieron atenerse.

Para formarse una idea del significado de esta imposición es preciso tener presente que hasta entrada la década de 1910 el pelo en el rostro constituyó un distintivo de masculinidad de enorme importancia, tanto entre las clases populares como entre las altas. Si bien la exhibición de la barba era en muchos casos producto de una elección, el uso del bigote era poco menos que universal entre los varones adultos. Para los individuos de fortuna o posición, el uso de este adorno facial era de rigor. Prácticamente no había figura pública del período que corre entre 1880 y 1910 que no lo exhibiera, comenzando por el propio Carlos Pellegrini, cuyo mostacho era muy prominente. El hecho de que solo los eclesiásticos – esto es, hombres que habían renunciado a ejercer su masculinidad– y unos pocos personajes, en general bastante excéntricos y en todos los casos surgidos a la vida pública antes de 1880 – entre los que se destaca Sarmiento) se apartaran de esta regla es al respecto revelador. Hasta Hipólito Yrigoyen, que siempre recordamos con su rostro afeitado, se había dejado crecer un pequeño bigote en la década de 1890. En los círculos sociales a los que pertenecían los socios del Jockey Club el uso de este distintivo masculino tenía la fuerza de una norma. Ello se pone en evidencia al recordar que todos sus presidentes, sin excepción, cultivaron frondosos bigotes. Algo similar puede decirse respecto al conjunto de los socios del club, tal como lo indica el registro fotográfico que acompaña este trabajo. En las clases altas, el bigote solo comenzaría a perder su condición de distintivo de masculinidad hacia la Gran Guerra. Hasta entonces, un hombre sin pelo en el rostro era un hombre incompleto.

Las ilustraciones que han llegado hasta nosotros revelan que el uso de este adorno facial se hallaba muy extendido entre las clases populares. Los

jinetes, que eran parte de este universo, no escapaban a la norma no escrita que imponía la exhibición de vello en el rostro como un distintivo de masculinidad. En las décadas del cambio de siglo, tanto para nativos como para extranjeros, el bigote se hallaba asociado a la hombría y la libertad personal. El pelo en el rostro inspiraba respeto y revestía de autoridad a quien lo portaba. A tal punto el bigote era concebido como un indicador de fortaleza y poder que, pocos años más tarde, su uso se volvería obligatorio para todos los integrantes de la policía de la capital federal.³⁸ Entre las clases populares, pues, el pelo en el rostro tenía el valor de un símbolo de masculinidad, que reflejaba poder y autonomía.

Al igual que entre los sectores predominantes, también en el mundo popular había excepciones al uso de este adorno facial. Entre las clases subalternas, empero, rasurarse el rostro no era el producto de una renuncia sino de una restricción, nacida o asociada a una condición de subordinación e inferioridad. Así, por ejemplo, era frecuente que los miembros del servicio doméstico, esto es, aquellos varones que compartían la intimidad de un hogar con sus superiores sociales, estuviesen obligados a exhibir su cara libre de pelo. El personal de servicio del Jockey Club, por supuesto, caía dentro del conjunto de varones disminuidos en su virilidad y en su autonomía. Como no podía ser de otra manera, los penados también estaban forzados a llevar su cara rasurada, como símbolo de su sometimiento y evidencia de su vergüenza.

No cabe duda de que la orden de la Comisión de Carreras que obligaba a los jockeys a sumarse al universo de los imberbes suponía disminuir su masculinidad, marcar su falta de autonomía y, por esta vía, reafirmar su condición de meros sirvientes de la pista. Quitarles su bigote, por otra parte, implicaba una afrenta adicional, ya que atentaba contra su condición de hombres libres, igualándolos con grupos moral y políticamente inferiores. En estos términos lo entendieron los jinetes que, cuando el nuevo reglamento se dio a conocer, expresaron su rechazo a la medida. Atento al malestar que campeaba entre los jockeys, el diario *La Prensa* informó que la disposición que prohibía el pelo en el rostro había sido “recibida con desagrado por la mayoría, y hasta resistida abiertamente por algunos.”³⁹ Unos días más tarde, varios jinetes profesionales enviaron una nota a las autoridades del Jockey Club solicitando el levantamiento de la prohibición. Allí sostenían que la obligación de afeitarse “afecta nuestra independencia personal”. Derecho de todo hombre libre, la renuncia al uso del bigote

³⁸ Al respecto, ver Viviana Barry, *Orden en Buenos Aires. Policías y modernización policial, 1890–1910* (tesis de maestría, Universidad Nacional de San Martín 2009), cap. 3.

³⁹ *La Prensa* 11/6/1893.

Imagen 1: Socios del Jockey Club



Fuente: Argentina, Archivo General de la Nación, Departamento Documentos Fotográficos, carpeta Jockey Club.

La fotografía muestra una mesa escrutadora en las elecciones internas del Jockey Club realizadas en mayo de 1904, que llevaron a Francisco Beazley a la presidencia de esta asociación. Los retratados en primer plano son seis socios prominentes, que offician de autoridades en esos comicios. Como se observa, solo unos pocos usan barba, pero todos llevan bigote. En el fondo, un empleado, en posición servicial, es el único que exhibe su cara completamente rasurada.

colocaba a los jinetes “en el ridículo de tener que sobrellevar la afrenta que como pena corporal se aplica tan solo en nuestros establecimientos penitenciarios”.⁴⁰

Estos argumentos no convencieron a los dirigentes del Jockey Club, toda vez que aquéllo que los jinetes profesionales señalaban como un atentado a su dignidad e independencia era, en no poca medida, precisamente lo que los señores del turf buscaban imponerles. En su momento, el Jockey Club había defendido esta iniciativa argumentando que la obligación de exhibir el rostro rasurado había sido inspirada por los usos del turf inglés, que en todo lo que se refería al hipódromo era tenido como el modelo a

⁴⁰ *El Campo y el Sport* 10/6/1893.

imitar. La autoridad que imponía este ejemplo, sin embargo, era menos ecuménica de lo que esta versión afirmaba. La prensa británica de Buenos Aires, por ejemplo, tenía ideas distintas sobre qué tipo de reformas debían llevarse adelante para elevar la calidad del espectáculo. “Una regla obligando a los jinetes a vestir el equipo de carrera de manera apropiada es más importante que la referida a afeitarse”, se lee en una nota del *Sport and Pastime*, también reproducida en el *Buenos Aires Herald*.⁴¹ Una vez que el conflicto alcanzó estado público, también puso en juego la autoridad y el prestigio del Jockey Club. En ese momento, esta asociación tenía al frente al propio Carlos Pellegrini, quien poco antes había dejado la presidencia de la nación luego de una difícil pero exitosa gestión como piloto de la Crisis del Noventa. Identificado como pocos con el proyecto de imponerle al turf el sello de la elite social, el hombre del profuso bigote se negó enfáticamente a considerar la petición de los jinetes. Ante esta negativa, los jockeys más activos convocaron a sus colegas a una huelga. Entre los cabecillas del movimiento se destacaba un jinete de renombre, el ya mencionado José Verdire, triunfador del Gran Premio Internacional de 1887 y de muchas otras competencias.

Para desgracia de los jinetes, la protesta no logró movilizar adhesiones de peso. No hay modo de determinar cómo fue recibido el anuncio de la huelga por los aficionados al turf. Es probable que entre los hombres que poblaban las tribunas populares la hostilidad (o al menos la indiferencia) fuese mayor que la simpatía, siquiera por razones referidas al simple hecho de que la protesta amenazaba interrumpir el normal desarrollo del calendario de carreras. No hay duda de que, fuera del hipódromo, el desafío de los jinetes fue mal recibido. La actitud de la prensa es reveladora al respecto. Las páginas de las publicaciones de izquierda ignoraron la huelga completamente, como solían hacer con todo lo referido al turf, que entendían degradante para las clases populares. La prensa étnica tampoco mostró simpatía alguna por el reclamo de los jinetes. *El Correo Español*, por ejemplo, advirtió con sequedad que “Verdire, Grigera, Aguirre, Palacios, Sánchez, Cardoso, Ruiz, Romay, Navarro, Peralta, Dara, etc, tendrán que afeitarse si quieren seguir siendo jockeys”.⁴²

Por su parte, *La Nación* y *La Prensa*, los dos grandes diarios del país, expresaron hostilidad hacia los huelguistas. El rechazo a la protesta de los jockeys pone de relieve aspectos relevantes de la visión del orden social que por entonces primaba en los principales órganos del periodismo argentino. Hay que recordar que los jinetes se reclutaban entre los estratos inferiores

⁴¹ *Buenos Aires Herald* 15/6/1893.

⁴² *El Correo Español* 15/6/1893.

del mundo del trabajo y que, por su condición de hombres de la campaña, condensaban muchos de los prejuicios antirrurales y antipopulares de la alta cultura del orden oligárquico. De hecho, estos diarios solían cubrir extensamente las noticias del turf, pero rara vez se referían a la contribución deportiva de los jinetes. En muchos aspectos, pues, los medios de prensa adoptaban un punto de vista similar al del Jockey Club, ya que enfatizaban que la atención debía concentrarse en los caballos y sus propietarios. Tanto en lo que se refiere al protagonismo deportivo como en cuanto a derechos, los jinetes no estaban en el mismo plano.

Hay que señalar, empero, que tanto *La Nación* como *La Prensa* entendieron que la prohibición del uso del bigote era innecesaria y quizás excesiva. A pesar de que no acompañaban la decisión de la Comisión de Carerras, estos periódicos no admitieron la posibilidad de que los jinetes tuviesen el derecho de cuestionar una directiva emanada del Jockey Club. Su posición subalterna, de alguna manera, los privaba de esa prerrogativa. El “sacrificio del mostacho”, decía *La Prensa*, debía realizarse “en obsequio de la disciplina que impone el nuevo reglamento, y no hay más que someterse a él o renunciar a la provechosa profesión.”⁴³ Para la gran prensa, tratándose de miembros poco ilustrados de las clases populares, la disciplina era más relevante que los derechos individuales. En definitiva, el cuerpo público del jinete pertenecía por entero a quien pagaba sus servicios. La profesión de jockey podía ser económicamente provechosa, pero sus practicantes no eran deportistas sino empleados subalternos, sometidos al capricho de sus patrones.

Faltos de recursos materiales y simbólicos con los que dar la batalla en la esfera pública, y privados de apoyos con los que sostener sus reclamos, Verdire y sus compañeros de causa no lograron sumar al grueso de los jinetes a la huelga. El 18 de junio, el día que el nuevo reglamento entró en vigencia, se hizo claro que el Jockey Club se había impuesto. Esa mañana, el grueso de los profesionales se presentó en la pista con el rostro afeitado. A la humillación siguió la burla, y en esta tarea la gran prensa se mostró muy activa. Los jinetes, señaló *La Nación*, “acatando, como no podía ser de otra manera, la resolución reclamada, se presentaron con sus caras limpias, pudiéndose notar rapados algunos que ni en dos lustros más conseguirán tener barbas”.⁴⁴ *La Prensa* también dijo lo suyo, entrando de lleno en un debate algo ligero sobre las ventajas y desventajas estéticas que la renuncia al bigote suponía para los jinetes. El rostro rasurado, comenzaba diciendo el diario de los Paz, “les viene a algunos un poco peor que lo previsto por los

⁴³ *La Prensa* 19/6/1893.

⁴⁴ *La Nación* 19/6/1893.

interesados mismos”; y luego notaba la existencia de “ciertas caras bien conocidas que, con la reforma, han resultado sencillamente risibles. No citamos nombres propios, por no herir susceptibilidades, fáciles de comprender.”⁴⁵ Estos comentarios entre divertidos y jocosos dieron el tono con el que los grandes periódicos consideraron cerrado un episodio que por un momento amenazó dejar a Buenos Aires sin hipódromo, pero que terminó reafirmando la autoridad del Jockey Club y de los propietarios de caballos de carrera. El turf elitista había ganado la batalla.

Conclusiones

La fundación del Jockey Club en 1882 marcó un hito decisivo en la formación del turf argentino. En el curso de una década y media, el hipódromo forjado por los hombres del Jockey Club adquirió forma madura, dejando definitivamente atrás la larga era en la que las carreras de caballos se desarrollaron en el territorio de la cultura popular. En esos años, los criadores nativos terminaron desplazando a los aficionados de origen británico del centro del escenario turfístico. Al calor de estas transformaciones, el hipódromo se consolidó como un espectáculo dominado por un grupo de *turfmen* surgido de los sectores más poderosos de la elite propietaria y, a la vez, dotado de vasta repercusión popular.

Con frecuencia se ha narrado este proceso como parte de la formación de un turf competitivo y profesionalizado, pero también más refinado, que aspiraba a medirse con los más exigentes y sofisticados del mundo. Este trabajo sugiere que el ascenso del turf también se vio acompañado por una redefinición de las posiciones de poder y autoridad entre los actores que animaban este espectáculo. En el hipódromo, al igual que en otros planos de la vida argentina, ese período fue testigo de un firme avance de la elite propietaria sobre territorios que hasta entonces le habían sido ajenos.⁴⁶ En los años que separan a las dos presidencias de Roca, los plutócratas nucleados en el Jockey Club reafirmaron su posición como los grandes protagonistas del hipódromo, y para ello empujaron a los jinetes a los márgenes del espectáculo. Este proceso es iluminado con particular claridad por la reforma del reglamento de carreras de 1893 y por las respuestas que esta iniciativa suscitó.

La prohibición de usar bigote que cayó sobre los jinetes profesionales cuando Carlos Pellegrini ejercía la presidencia del Jockey Club atentó de

⁴⁵ *La Prensa* 19/6/1893.

⁴⁶ Roy Hora, *Los terratenientes de la pampa argentina. Una historia social y política, 1860–1945* (Buenos Aires 2005), pp. 61–128.

manera directa y deliberada contra las nociones de libertad personal y masculinidad propias de la sociedad de ese tiempo, tanto entre las elites como entre las clases populares. En definitiva, la aspiración de los dueños del hipódromo era transformar a los jockeys en lo más parecido a sirvientes silenciosos y elegantes. Los jinetes no solo se vieron impedidos de festejar públicamente sus victorias, sino que también perdieron la potestad de decidir sobre aspectos fundamentales de su apariencia personal. En síntesis, el comportamiento de la elite del turf revela que detrás de la disputa por el derecho al uso del bigote se escondían no solo cuestiones relativas al decoro y la estética corporal. Este conflicto fue parte de una puja más amplia, que giraba en torno a cuestiones referidas a preeminencia deportiva, jerarquía y autoridad.

Colocado en un marco más amplio, la disputa del bigote nos informa sobre ciertas peculiaridades de la relación entre la elite propietaria y las clases populares del período finisecular. La comparación del turf argentino con el británico sirve para sacar a la luz algunas de estas singularidades. En Inglaterra, la aristocracia que dominaba el hipódromo y el alto mundo social siempre habían favorecido una relación de intimidad con los deportistas exitosos, incluso con los de origen popular, sobre todo si éstos provenían del mundo rural (como era el caso de los jockeys profesionales). A cambio de deferencia, ya a fines del siglo XIX los jinetes más prominentes eran admitidos en los círculos aristocráticos, y tenían abierto el camino hacia el estrellato y la adulación popular.⁴⁷ Esta posibilidad no estaba abierta para la clase propietaria argentina, y no solo porque la campaña, de la que provenían casi todos los jinetes, solía ser objeto de frecuente denigración al menos desde los tiempos en los que Sarmiento escribió su *Facundo*. La elite del hipódromo no gozaba de los privilegios que nacían de una relación deferencial construida a lo largo de siglos de superioridad social y forjada sobre la base de una ideología de impronta ruralista. De hecho, más que aspirar a integrar a los jockeys profesionales en posiciones subordinadas en el círculo de relaciones dominado por las clases altas, en las décadas del cambio de siglo el mayor esfuerzo de los hombres del Jockey Club estuvo orientado a excluirlos, y para ello no solo aspiraron a atenuar su protagonismo deportivo, sino también a afectar su prestigio social. Y es que en un contexto como el argentino de fines del siglo XIX, signado por el súbito ascenso de una nueva y poderosa plutocracia, pero también por un vigoroso proceso de cambio social, la primacía pública de la elite necesariamente debía fundarse sobre la exclusión de aquellos actores que podían restarle

⁴⁷ Ross McKibbin, "Working-class Gambling in Britain, 1880–1939": idem, *The Ideologies of Class. Social Relations in Britain, 1880–1950* (Oxford 1991), pp. 133–135.

protagonismo. En un punto, pues, el proceso de sometimiento de los jinetes que se observa en ese gran teatro del poder propietario que fue el hipódromo revela una verdad más general sobre la relación entre elite y sociedad. El hipódromo sirvió para representar y reafirmar la preeminencia de un grupo que, para imponerse, debió marginar antes que integrar.

Pese a que la prensa terminó restándole dramatismo al conflicto, la huelga del bigote dejó huellas que tardarían en borrarse. José Verdire fue uno de los jockeys que, para preservar no solo su mostacho, sino también su dignidad, decidió abandonar las pistas de manera definitiva. Los jinetes que optaron por rasurarse seguramente vivieron largos años cargando sobre su rostro el estigma que delataba su inferioridad. Solo desde la década de 1910, cuando el pelo en la cara comenzó a perder su carácter de distintivo masculino, el demérito social que suponía esta marca de subordinación se atenuó (desde entonces, el bigote como signo de virilidad solo mantuvo su vigencia en ciertos ámbitos masculinos identificados con valores jerárquicos y tradicionales, como la policía y las fuerzas militares).

Para los aficionados a las carreras de caballos, sin embargo, la fracasada huelga de los jockeys pronto cayó en el olvido. De hecho, esta disputa no suele ser recogida en los principales estudios sobre la historia del turf nacional. Este silencio es comprensible, y no solo porque los trabajos sobre el tema concentran su atención en un reducido arco de problemas, centrado en los resultados deportivos de *studs*, jinetes y caballos. Es comprensible también porque un episodio de estas características resulta difícil de integrar en la historia de un espectáculo que ha sido repetidamente narrado como un terreno de encuentro, jerárquico pero en esencia armonioso, entre actores provenientes de distintos mundos sociales. En todo caso, las pocas voces que lo mencionan al pasar lo describen como un evento curioso o pintoresco, desconectado del gran relato sobre la historia del principal entretenimiento popular de las cinco décadas posteriores a 1880.

La huelga del bigote, sin embargo, desafía estas visiones y nos recuerda que las características de un espectáculo deportivo cambian con el tiempo y que, en parte por ello, el peso relativo de sus actores es también producto de disputas. De hecho, el equilibrio alcanzado hacia el cambio de siglo experimentaría hondas transformaciones dos décadas más tarde, cuando jinetes como Irineo Leguisamo alcanzarían un enorme protagonismo deportivo. El ascenso de los jockeys sería parte de un proceso de democratización más amplio, visible tanto en la esfera política como en la sociedad, que abrió nuevas oportunidades de protagonismo deportivo y figuración social para los miembros de las clases populares.

Sin embargo, en un espectáculo como el turf, en el que la estructura de propiedad concede a los propietarios de caballos un peso decisivo, las hue-

llas del retroceso que los jinetes experimentaron en los tiempos de Pellegrini no han terminado de borrarse. Al fin y al cabo, fue en los años del cambio de siglo que terminó de consagrarse una de las imágenes que, todavía hoy, resultan más familiares en el mundo del hipódromo: la del propietario victorioso que, dándole la espalda y opacando al jinete, toma de la brida a su caballo y lo conduce al pesaje, en medio del aplauso de la multitud.

